

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 61.—15 de Setiembre de 1872.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES Y DE LOS HERIDOS, A.....

Doña I. C. de Q. Recibida la nueva remesa de ropa: el cuidado con que V. la recoge, prueba el amor que le inspiran los pobres á quienes la destina, y que por nuestro medio envian á V. las gracias.

Doña I. G. ¡Cuánta y qué buena ropa, y qué bien viene para los niños que destrozan tanto! No ha necesitado entrar en el taller, y ha pasado sin detenerse á los pobres desnuditos: que así pasen los dolores por el corazon de V. si Dios se los envia.

D. G. M. Su remesa de V. es un verdadero acontecimiento en el taller, y ya puede V. suponer si habrá sido recibida con gratitud. Las camisas y prendas de verano se han distribuido inmediatamente; las de invierno se pusieron en manos caritativas, que la preservarán de la polilla. Alguno admirado preguntaba.—¿Cómo este señor dará estas cosas tan buenas?—Porque lo es él: respondia algun otro.

D. R. Ll. Llegaron los 20 rs., y en ocasion en que hacian mucha falta; que con igual oportunidad le lleguen á V. los bienes que le deseamos.

Doña F. A. de Ll. Bien venidos fueron los 100 rs., porque hay muchas personas que se van á veranear sin acordarse de que los pobres necesitan comer en el verano: que V. lo pase como nuestra gratitud se lo desea.

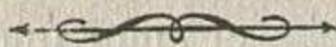
Doña D. E. Llegaron los 30 rs. para los heridos, y la carta certificada y las otras. Dispense V. que no se hayan contestado: la persona á quien venian dirigidas ha estado enferma; contestará tan pronto como pueda, y en tanto agradece y celebra su caritativo celo.

Los niños F. Llegaron vuestras hilas; ¡que no las necesiteis nunca! Continuad, hijos mios, siendo compasivos y buenos: no juguéis

á los soldados, ni los tengais de plomo, ni sables, ni fusiles; jugad á curar á los heridos, haceos una gorra de papel blanco con una cruz encarnada, como llevan los hombres que en las guerras recojen á los que caen, y acostumbraos á imitar en vuestros juegos á los que curan y no á los que matan: así os preparareis á honrar el nombre de vuestros papás, que son muy buenos, y merecereis los bienes que os desean los Redactores de LA VOZ DE LA CARIDAD.

Nota. Como advertimos en el número anterior, la persona encargada de esta seccion ha estado enferma, y no ha podido acusar el recibo de las limosnas. Los que las han enviado dispensarán el retraso en dar las gracias, seguras de que no le ha habido en agradecer.

LA CUESTION SOCIAL.



CARTAS A UN OBRERO.

Carta veintisiete.

Apreciable Juan: nos toca tratar hoy de *la familia*. Si fueras inclusero no tendria necesidad de realzarla á tus ojos, como no necesita un enfermo que le encarezcan las ventajas de la salud; y esto no te figures que lo digo por induccion, sino por esperiencia. He visto á los pobres espósitos, que deben tener idea tan triste, por no decir algo mas, de sus padres, buscarlos con una ánsia que recuerda la que tiene el viajero sediento de hallar una fuente pura. La apariencia mas engañosa, la suposicion mas descabellada, el mas errado cálculo, sirven de base para indagaciones perseverantes, y dan motivo á importunidades repetidas. Bien poco dignos de amor parecen los que han dado la vida al espósito; él, con todo, quiere conocerlos, quiere amarlos, y no omite medio de buscar á los que le huyen, y de estrechar contra su corazon á los que han dado tal prueba de la dureza y frialdad del suyo. Entra en un hospicio; busca á un inclusero de la edad y del carácter que tú quieras, niño, joven ó adulto, desabrido ó afectuoso, pacífico ó pendenciero; dile:—*vengo de parte de tu madre, que quiere recogerte,*—y le verás transfigurado. Primero se queda como aturdido; luego llora de alegría; despues te abruma á preguntas; todo lo olvida, todo lo perdona; y sin perder una hora, sin perder un instante, quiere abrazar á aquella

muger que, aunque tarde, consiente en llamarle *hijo*. Él mismo sabe lo que es no haberse oído llamar *hijo* nunca, y vivir sin que nadie le ame, y morir sin que nadie le llore. El ciego afan con que busca á los autores de sus dias, el sublime perdon que tiene para su grave falta, la gratitud con que recibe su tardío arrepentimiento, es el grito de la naturaleza, lleva el sello de una necesidad, de una ley eterna, y es la condenacion de los que, por ignorancia ciega ó por criminal cálculo, declaman contra la familia: ciertamente se halla bien enferma la sociedad en que semejante declamacion inspira mas que una sonrisa desdeñosa.

Como el mejor medio de apreciar una cosa es sentir su falta, si fueras inclusero, conforme dejo dicho, no comprenderias siquiera cómo una desdicha escepcional, y de las mayores que puede tener el hombre, quiere hacerse estensiva á todos, y se presenta como un gran proyecto para la humanidad. Tú, que has tenido padres, es posible que no comprendas el desconsuelo y la desgracia que es no tenerlos, y te parezca ventajoso eximirte de cuidar á tus hijos. Digo posible, porque hay momentos en que es posible todo, aunque no es probable que los delirios de los hombres te hagan desconocer la fuerza de las cosas.

No voy á hablarte hoy de la familia haciendo consideraciones de un orden elevado, que tal vez recibirias con prevencion desfavorable; nuestro punto de vista será el de la *alimentacion, albergue y defensa* en este mundo de *hambre, intemperie y lucha*, y nuestros argumentos de los que están en uso y son del gusto de los que se dicen tus amigos, y no deben serlo, puesto que no lo son de la verdad.

Aunque se conceda que el hombre es una especie de mono que hace versos, túneles, templos, constituciones y observatorios astronómicos, cosa que, segun algunos, está perfectamente averiguada; aunque se prescinda de toda elevada consideracion y de todo alto fin, no viendo en la familia cuestion alguna que no sea fisiológica, con nociones muy ligeras de historia natural comprenderemos que el hombre es un animal cuya especie se estingue si no forma familia, como, por ejemplo, acontece á las aves. Pero mucho mas que en ellas se prolonga en el hombre la infancia; y su hembra, mas débil relativamente á él que las de los pájaros, necesita su apoyo, su auxilio y su defensa para salvar la prole y perpetuar la raza: parémonos un momento á considerar lo que puede ser la especie humana sin familia, en el estado salvaje.

El hombre se une á la muger momentáneamente en virtud de un instinto y despues la abandona.

La muger es madre, y, ó abandona el fruto de su union pasajera,

en cuyo caso muere al momento, porque ya comprendereis que en las selvas primitivas no hay inclusas, ó quiere conservar á su hijo.

En el segundo caso se encuentra en la situacion siguiente. Tiene que mantener al hijo ó hijos con su trabajo; el trabajo de aquel estado social es *lucha*. Lucha para perseguir y matar á los animales que le sirven de alimento; lucha para defender la cueva que le sirve de guarida, codiciando albergue sin el cual la prole desnuda y débil sucumbe al rigor de la intemperie; lucha para defenderse de las fieras; lucha para defenderse de los hombres, faltos por regla general de alimento, que es siempre *presa*.

¿Te parece posible que la débil hembra del hombre pueda combatir tantos enemigos, triunfar de tantos obstáculos y salvar á sus pequeñuelos, cuya larga infancia necesita por tanto tiempo auxilio eficaz y poderosa defensa? Es evidente que no. El hombre primitivo es un animal de combate, luchador por necesidad, y cuya vida supone necesariamente una serie de triunfos. Aunque la muger pudiera alcanzarlos, aunque no fuera mas débil, el hecho de ser una, de ser sola, la imposibilitaria para atender á la alimentacion y defensa de los hijos, que necesitan de todo el auxilio del padre y de la madre; el de entrambos es insuficiente muchas veces, como lo prueba la dificultad con que se propaga la especie en los pueblos salvajes.

Se habia creido hallar alguno en que la familia no existia; así lo afirmaban viajeros mal informados; pero de mas detenida y exacta observacion resulta, que no hay hombres sino donde hay familia, mas ó menos perfecta, con estas ó aquellas condiciones, pero familia al fin. Y cuenta con que donde se supuso que no existia era en una region favorecida por la naturaleza de tal modo, que en un clima suavísimo crecen espontáneamente frutos con que puede vivir el hombre, que no tiene que luchar con animales feroces, allí desconocidos: aun con tan excepcionales ventajas, y en esas especies de paraísos terrenales, la familia es una condicion de existencia para el hombre. Si esto sucede donde el aire es templado, la alimentacion facil, el albergue seguro, la lucha con animales feroces innecesaria, ¿qué acontecerá en el rigor del clima y la aspereza de la tierra en que han vivido nuestros ascendientes, en lucha con las fieras, de cuyo gran número tenemos pruebas irrecusables?

Aquí debemos notar, Juan, una circunstancia que no puede pasar desapercibida. Hablamos del hombre considerándole como un animal, prescindiendo de todo lo que puede hacerle bueno ni grande, atentos solo á que no sucumba. ¿Y qué hallamos? Que necesita vivir en familia, imponerse grandes penalidades por largo tiempo para que su prole no sucumba, ó lo que es lo mismo, amar y sacrificar-

*

se; es decir, que la abnegacion y el amor son necesarios en toda circunstancia, en cualquier estado, y que la elevacion que supone es la indispensable compañera del hombre, aun reducido á la mayor indignidad, y considerado únicamente como un animal que perpetua su raza. Si la especie humana existe, es porque ha habido en ella familia, amor, espíritu de sacrificio.

Cuando vas por un campo y ves señales de cultivo, dices: «Aquí hay hombres.» Cuando halles hombres, puedes decir: «Aquí hubo seres que no fueron egoistas, que amaron, que aceptaron deberes penosos.» El hombre necesita cierta cantidad de moralidad como de aire para no sucumbir.

Como hemos visto, es de imposibilidad fisiológica, material, que el hombre primitivo se perpetue sin familia; por ella vivimos, porque por ella han vivido los antepasados á quienes debemos la existencia. Y nuestros descendientes ¿podrán eximirse de la ley de sus progenitores? Los pueblos civilizados ¿ofrecen tales condiciones, que la infancia no necesite del amor, del cuidado y de la proteccion de los padres? Investiguémoslo brevemente.

Pueden hacerse dos suposiciones.

1.^a Se conserva la familia incompleta; la madre cuida de los hijos.

2.^a Se rompen enteramente los lazos de familia; la madre, lo mismo que el padre, abandonan la prole, de que se hace cargo el Estado; la crianza de los hijos es un servicio público como el de correos ó de faros.

En la primera suposicion, de que la madre se quede con los hijos, recuerda, Juan, que por desgracia habrás visto de esto muchos ejemplos, recuerda lo que sucede cuando una muger queda viuda con hijos pequeños: el de pecho la incapacita para trabajos seguidos, y los otros, con los precisos cuidados que su debilidad é imprevision reclaman, concluyen de absorber su tiempo, no quedándole el que necesitaria para ganar el sustento, ni aun para ella sola: si la caridad pública ó la privada no auxilian eficazmente á esta familia, sucumbe sin remedio. Podrá haber algun caso, cuando la viuda es una muger de alguna habilidad rara ó disposicion especial, de esas que con justicia ó sin ella se pagan mucho, en que pueda sola sostener á sus hijos; pero la regla es que, muerto el padre, necesitan auxilio ageno, porque los esfuerzos de la madre son impotentes para salvarlos; en un pueblo civilizado como en una horda de salvajes, la madre sola no puede alimentar la prole y salvarla de la destruccion.

Examinemos el segundo caso, aquel en que el Estado tiene que encargarse de todo reciennacido, y la nacion convertirse en una in-

mensa casa de espósitos. Aquí salen, brotan en tropel cuestiones graves de orden muy diverso: prescindamos de todas para no atender mas que á la fisiológica; el niño necesita alimentarse. ¿Quién le dará de mamar? Procuremos formarnos una idea de lo que será la sociedad sin familia, bajo el punto de vista de la lactancia de los niños. Millones de ellos esperan una muger que los lacte para no morir. ¿Dónde se hallarán tantas? Las mugeres no tienen padre, madre ni hermano; las jóvenes que no ha mucho han sido madres y pueden ser nodrizas, se hallarán en una de estas cuatro situaciones:

Unidas á un hombre, por mas ó menos tiempo, y en su compañía.

Separadas del padre de su hijo, y con deseo y esperanza de unirse á otro hombre.

Solas y con bienes de fortuna, ó medios y voluntad de ganarse el sustento.

Solas y en la miseria, por cualquier motivo que fuere.

De estas cuatro categorías de mugeres jóvenes y en situacion de lactar, ¿cuáles querrán hacerlo por un salario, que será necesariamente reducido? Hay que eliminar las tres primeras, porque ni la muger que vive con un hombre que la mantiene, ni la que espera hallarle, ni la que cuenta con medios para vivir, han de ir á encerrarse en una inclusa, ó llevarse á casa un recién nacido, cuya presencia es un obstáculo, cuyos cuidados son una traba, y cuya lactancia, además de quitar libertad, quita atractivos á la muger que depende de ellos, porque suprimida la familia, la ley del amor será el gusto, y la belleza física recibirá únicamente homenajes, culto y ofrendas. Para nodrizas de los millones de niños que las necesitan, no quedan mas que las mugeres á quienes la última miseria obliga á ir á encerrarse entre las paredes de una inclusa. Estas mugeres, en corto número proporcionalmente para las que se necesitan, serán de mucha edad, de poca salud, ó de una fealdad repugnante, porque sin alguna de estas circunstancias, y bajo el imperio del amor libre, en él hallarán mas atractivos y vida menos penosa que en una casa de espósitos. Esto no es una suposicion, sino una consecuencia lógica, indefectible, y para convencerse de la cual, basta observar qué clase de mugeres van á lactar á los tornos de las inclusas.

Se dirá tal vez: la mayor parte de los espósitos se lactan fuera de la casa. Eso sucede ahora, porque los recogen mugeres casadas y con familia, donde el inclusero deja alguna utilidad sin producir perturbacion; la nodriza está unida á su marido, tiene padres, hermanos é hijos que la auxilién en el cuidado del niño; este no es una

traba enojosa para la que está sujeta y enlazada al hogar doméstico por sus deberes y por sus afectos, ni sirve de obstáculo para buscar las aventuras del amor libre: el inclusero va ahora á ser uno mas en la familia pobre y honrada. Cuando no hubiera familia ¿á dónde, cómo ni á qué iria al incierto albergue de la aventurera aislada? Por regla general, con muy pocas escepciones, los niños, millones de niños, no se olvide, quedarian en los tornos de las inclusas. ¿En qué proporcion estarian las amas que acudiesen á lactarlos? Imposible es hacer cálculo ni aun aproximado; pero teniendo en cuenta lo que pasa actualmente, en que es tan reducido el número de los expósitos que no van al campo, y que hay épocas y paises que con mucha dificultad tienen una nodriza para cada tres niños, no sería exagerado suponer que hubiera una para cada diez. Estoy en la persuasion de que ni aun esto se conseguiria; pero concedamos una cosa imposible, dadas las circunstancias que vamos presuponiendo, imaginemos que habria una nodriza para cada cinco niños; su muerte por inanicion no sería menos cierta.

Los expósitos mueren ahora en una proporcion tal, que si á ellos solos estuviese confiada la conservacion de la especie, se extinguiria. Si tal acontece al presente, ¿qué se podria esperar cuando la lactancia se hiciese en peores condiciones, y fuera, no ya una cosa difícil, sino un problema imposible de resolver, como sucederia siendo expósitos todos los niños que nacen?

Pero no habia de ser muy difícil procurar alimentacion á los recién nacidos. ¿Por qué? Porque no nacerian. Sin familia, con la general y extrema licencia de costumbres, el número de nacimientos sería muy escaso, y la tierra se despoblaria, porque el vicio ya se sabe que no es fecundo. La depravacion es estéril física y moralmente, y si engendra alguna cosa, son seres enfermizos y monstruosos, que no se reproducen.

Rotos los lazos de la familia, y el freno de la religion y de la moral, la corrupcion alcanzaria proporciones nunca vistas, y la despoblacion en igual medida. El hombre salvaje, aunque no sea casto es continente: el ejercicio continuo y violento, la alimentacion escasa é incierta, la lucha incesante contra la intemperie, y las mil clases de enemigos que le asaltan; la falta de atractivos de la mujer, cuya belleza física necesita condiciones imposibles en aquel estado, cuya belleza no puede existir en la abnegacion y embrutecimiento en que vive, todas estas circunstancias hacen que en los pueblos primitivos, la falta de moralidad no produzca el desenfreno de costumbres que en los pueblos civilizados. La historia de estos prueba la verdad de lo que voy diciendo; y á poco que la ojearas, ve-

rias cómo el progreso de la industria y de las artes, si hay retroceso en la moral, es un cáncer en la vida de las naciones, que las arruina, las despuebla, las mata.

Bien podíamos aquí dar el punto por suficientemente discutido. ¿A qué insistir en los males que de la supresion de la familia vendrian á la humanidad, si no era posible que hubiera humanidad, si era seguro que se extinguiria la especie humana? No obstante, en la próxima carta examinaremos brevemente lo que serian los hombres sin familia, suponiendo una cosa imposible, que hubiera hombres. Pero desde ahora, á los que nos pregunten lo que sería sin familia la sociedad, podemos responder resueltamente: *Primero un lupanar, despues un cementerio, y por fin un desierto.*

Concepcion Arenal.

LA ALDEA DE S. NORATO.

Hace ya mucho tiempo, por circunstancias que á nadie interesa saber, tuve que ir con un amigo á la aldea de San Norato, situada en uno de los pintorescos valles de Asturias.

Las condiciones de aquel bellissimo pais son bien poco conocidas y harto mal apreciadas por la generalidad de las gentes. Nos encoman las bellezas de la Suiza y no se atiende á esa Suiza española, de eterno verdor, de poblacion diseminada en pequeños caseríos, de panoramas encantadores, y habitada por gentes sencillas, hospitalarias y de una pureza de costumbres, muy dificil de hallarla igual en otra parte.

San Norato, sin embargo, no me dejó la grata impresion que yo iba recibiendo al visitar aquel pais. Era entonces una aldea de 150 vecinos, que yo no conocia y que luego casi me arrepentia de haber conocido.

Nos hospedaron en casa de un aldeano llamado Silvestre Pain, que nos dijeron era una de las personas mejor acomodadas de la poblacion, y que se prestó á recibirnos con poca benevolencia, á pesar de la oferta de no ser mezquinos en el pago del hospedaje. Por lo demás, aquella casa no tenia el menor atractivo ni en su parte material ni en la moral de sus habitantes.

En efecto, pronto observé que allí no habia la menor esperanza de comodidad ni de bien estar. Camas malísimas, falta de ventilacion y de limpieza, compañía forzada con animales inmundos, y sobre todo un aire marcado de tristeza y de contrariedad en Silvestre, su mujer y sus hijos.

Mi amigo y yo aceptamos con filosófica resignación la perspectiva de una noche en tan mala posada, consolándonos con la idea de que solo sería una; pero la Providencia había dispuesto otra cosa. Mi amigo fue acometido aquella noche de una fiebre que, aunque no parecía ser muy intensa ni de carácter grave, le imposibilitaba de continuar el viaje en algunos días.

Ocioso yo á la fuerza, en los ratos en que mi amigo dormía y no me necesitaba, salía á recorrer las calles, á hablar con los vecinos y hacer observaciones sobre el estado de la aldea y sobre la índole de sus habitantes. Las noticias y detalles que adquiría me dejaban admirado.

Aquella población estaba privada de toda mejora y bienestar. La ignorancia, y hasta cierto embrutecimiento, propio del abandono y de la miseria, se revelaban en todo cuanto veía y en cuanto echaba de menos.

Había, por ejemplo, una fuente antigua en la plaza, pero inutilizada é inservible: las gentes tenían que bajar por el agua á un arroyo algo distante.

Las calles eran verdaderos precipicios.

No había carne; el que quería comerla tenía que ir por ella á otro pueblo.

Escuela de niñas hubo una y se suprimió por falta de concurrencia. La de niños era una farsa: cansado el maestro de trabajar poco y mal porque le pagaban mal y poco también, se iba á ganar un jornal en el campo y dejaba el cuidado de la enseñanza á un muchacho, que nada podía enseñar porque apenas sabía leer. Los niños que concurrían, apenas llegaban á una docena.

Tampoco había médico: le suplía un herrador que pretendía saber algo de veterinaria; de modo que las caballerías estaban mejor asistidas que las personas.

La iglesia estaba casi en ruinas. El párroco era un hombre sencillo y de buen deseo, pero anciano, enfermizo y casi inútil.

Industria no se conocía ninguna. La agricultura estaba reducida á sembrar un poco de centeno, sacar de la tierra algunas patatas y coger castañas de los árboles.

El comercio se reducía á una vieja que en un escuálido borrico iba todas las semanas á otro pueblo menos abandonado y traía lo que la encargaban, desde cigarros hasta zapatos.

Todavía este atraso material hubiera sido tolerable si le hubiese acompañado un estado de paz y de bienestar moral; pero no había nada de eso. Por excepción rara, porque los asturianos son generalmente pacíficos, industriosos y de buena índole, los aldeanos

de S. Norato parecían desmentir este carácter del país, sobresaliendo tan solo en una ignorancia base de todo lo malo y obstáculo para todo progreso bueno.

Por lo que veía en la familia de Silvestre y por lo que este y su familia me contaban de otras, comprendí que aquello era un foco de intrigas y de pequeños rencores. Como no había más ocupación que la del campo y el apacentar algunas cabras, resultaba una gran ociosidad y una pobreza no pequeña. Veía yo por las calles gentes andrajosas que me acosaban pidiendo una limosna, y en la plaza jugando ó tendidos en el suelo y tomando el sol á mocetones robustos, cuya holganza no tenía disculpa justificada.

Había además una causa perenne de miseria, de ruinas y de iras. Como la tierra producía poco porque se trabajaba mal, cuando la cosecha era escasa, los labradores tenían que empeñarse para comer y para sembrar. Esos empeños los hacía un usurero de pésima ralea, que vivía en un pueblo cercano y que recorría los del contorno, prestando al 60 por 100 de interés. Era un antiguo dependiente de escribanía, tenía relaciones en el juzgado y cierta habilidad para *empapelar*, como se decía vulgarmente, al infeliz que dilataba el pago exacto del capital y de los intereses. Así era frecuente sacar á la venta en pública subasta las cosechas, las cabras, los muebles, y hasta las ropas; y cuando no había postor, se adjudicaban por la mitad de su valor al desapiadado usurero, que iba formando de este modo un almacén de efectos de que luego sacaba gran provecho.

Añadíase á esto una falta muy notable de cordiales relaciones entre la mayor parte de los vecinos. Sobre cualquier cosa se formaba un motivo de quejas y de rencillas, pero especialmente sobre asuntos de política de lugar. Cada renovación de ayuntamiento era una calamidad: todos ambicionaban el cargo de concejal; ellos sabrían la razón aunque no la decían, y por eso no se perdonaban las ofensas recibidas en esas luchas electorales.

Llegaba á tal punto la ignorancia de aquellas gentes, que extrañando yo que no hubiese un camino regular para unir la aldea con la carretera que se estaba construyendo á dos kilómetros de distancia, me contestaron con gran sorpresa mía, que pocos meses antes, con motivo de pasar por aquellas inmediaciones al Gobernador de la provincia, fue el ayuntamiento á pedirle que la carretera, que se estaba trazando, no pasase por dentro ni por cerca de la población, *porque sería una gran carga el sufrir alojamientos, bagajes y demás penalidades de los pueblos que tienen la desgracia de estar en la inmediación de las carreteras.*

No conocí entre aquellos vecinos ninguno que pareciese más ilus-

trado, ni casa alguna mejor que las otras, con escepcion de un edificio viejo y grande, que debió ser en lo antiguo castillo feudal ó cosa semejante, y luego se habia convertido en granja de labor. Su dueño era hombre rico que vivia en Madrid, que jamás habia estado en la aldea y que varias veces habia puesto en venta aquella posesion, sin encontrar comprador.

La aldea de S. Norato era, en fin, una desagradable vivienda en un terreno pintoresco y hermoso. Dios habia hecho mucho para que fuese un pais próspero y feliz, pero sus habitantes, ingratos á este beneficio, no sabian aprovecharlo, ni secundarlo.

A los cuatro dias mi amigo recobró la salud, pudo montar á caballo y salimos de aquel pueblo con ánimo de no volver á él y de no aconsejar á nadie que fuese por allí.

Ya tenia yo casi olvidada aquella expedicion, cuando cinco años despues, un ingeniero de minas, amigo mio, me pidió noticias de S. Norato porque tenia que ir á practicar en aquellas inmediaciones una demarcacion minera. Mis informes fueron cual correspondia á mis poco agradables impresiones; pero calcúlese cuál sería mi sorpresa cuando hace pocos meses recibí una carta suya fechada en la aldea, diciéndome lo siguiente:

«Llegué aquí en la *diligencia* y estoy hospedado en la *buena fonda* del Sr. Pain. Si no supiese de antiguo la veracidad de V. y su humor poco chancero, hubiese creído, al entrar en este pueblo, que V. quiso bromearse conmigo al darme las noticias que me dió. S. Norato es una hermosa poblacion de 300 vecinos, en plena prosperidad, donde casi de nada se carece y donde la vida es muy agradable, no solo por la parte material de ella, sino por el trato culto, sencillo y bueno de sus habitantes. Tales atractivos hallo aquí, que estoy construyendo una casita de recreo con objeto de pasar los veranos y le convido á V. para que me acompañe en el próximo. En breve regresaré ahí y le hablaré estensamente sobre las causas de este cambio.»

Excitada mi curiosidad y creyendo que pudiera haber en esas frases una completa ironía, busqué al ingeniero apenas llegó y tuve con él una larga y agradable conversacion. Lo que me contó es lo que voy á referir á nuestros lectores.

La transformacion de la aldea de S. Norato era tan completa como lisonjera.

¿Qué causas la han producido? Tres muy sencillas. Un hombre de buen deseo, un pequeño capital bien empleado, y una influencia benéfica, tan sábiamente ejercida como docilmente aceptada. Lo explicaremos en otro artículo.

Antonio Guerola.

Del periódico *La Tertulia* copiamos el siguiente soneto.

A la Condesa de Mina.

Lejos del mundo y de su pompa vana,
Terminado en la tierra su destino,
Su espíritu inmortal se alzó divino
A la mansion del cielo soberana.

Del sol envuelto en la encendida grana,
Un ángel cruza el éter cristalino,
Y al alma hermosa muéstrale el camino
Para volver á Dios, de quien emana.

La ciencia busca un porvenir fecundo;
El mal enciende destructoras teas;
Todo se agita con hervor profundo.

¡O santa Caridad! ¡Bendita seas!
Tú sola harás la luz, siendo en el mundo
El germen bienhechor de las ideas.

Juan Güell y Renté.

CASAS PARA OBREROS.

Con este título acaba de publicarse una memoria escrita por el Sr. Don J. A. Rebolledo, ingeniero de caminos, que hemos leído con avidez y con placer.

Interesados nosotros por esta materia, que varias veces hemos tratado en nuestra Revista, y mucho mas teniendo en proyecto, como saben nuestros lectores, la formacion de la compañía titulada *La Constructora Benéfica*, vemos con gusto todo cuanto tiende á ilustrar y discutir la importante cuestion de mejorar las habitaciones, no solo de las personas verdaderamente pobres, sino tambien de las que tienen escasos recursos de subsistencia.

La memoria del Sr. Rebolledo revela un estudio profundo de esa cuestion, estudio hecho con inteligencia, con abundancia de datos, con cálculos profundos, con intenciones de la mas ilustrada caridad, y con el laudable objeto de ver si es aplicable á España lo que en este punto se ha planteado ventajosamente en otros paises.

Digno de aprecio es el ver que un laborioso profesor de la escuela de caminos, canales y puertos ocupe sus ocios en trabajos de esta importancia social, que tan útil trascendencia pueden tener pa-

ra ir resolviendo pacíficamente, y bajo el criterio mas justo, mas conveniente y mas cristiano, ese pavoroso problema de la mejora material y moral de las clases obreras.

Un defecto y un vacío hallamos, sin embargo, en el trabajo del Sr. Rebolledo.

El defecto consiste en que la memoria es corta. El autor dice al final que no ha hecho mas que desflorar la materia, por el temor de hacer el escrito largo y pesado. Ha sido un temor infundado. Quien posee las ideas, los datos y la instruccion que revela el Sr. Rebolledo, ha debido escribir un libro y no un folleto.

El vacío se refiere á que la memoria trata muy bien la necesidad de mejorar las viviendas de los pobres, descendiendo á detalles técnicos, higiénicos y sociales muy oportunos; pero no entra en el curioso problema de los medios, ensayados ya, para hacer que el inquilino, pagando un alquiler compatible con sus recursos, llegue al cabo de algunos años á adquirir la propiedad de la casa. Digno complemento hubiera sido del trabajo del Sr. Rebolledo el desarrollar bajo un punto de vista práctico este pensamiento, cuya base se reduce á aplicar cierta parte del alquiler á una amortizacion con interés compuesto, que baste á producir para el propietario el valor del capital que empleó en la casa.

El Sr. Rebolledo dice tan solo sobre esto, que *es cuestion de inmensa trascendencia en sus múltiples resultados; que merece tratarse en el terreno de las aplicaciones, pero que sale del cuadro que podia abrazar su memoria*. No vemos la razon de esto último. Precisamente es el punto mas atractivo, mas nuevo y mas digno de discusion cuando se trata de casas para gente pobre. Sería de desear que el Sr. Rebolledo lo comprendiese así, y abordase ese estudio en una segunda memoria, que de seguro sería tan interesante como la primera.

Por lo demás, nosotros saludamos con efusion todo lo que se escriba ilustrando estas cuestiones. No tienen por objeto teorías abstractas, sino resultados prácticos, posibles y que interesan á muchas personas. Fijándonos solo en Madrid, hallamos que de las 73.000 habitaciones que se cuentan en esta villa, hay 42.400 que ocupan los pobres, los obreros y las gentes necesitadas, puesto que su alquiler no excede de dos reales diarios. He aquí, pues, 42.000 familias interesadas en que se ilustre esta materia y que se ensayen los medios de mejorarla.

En cuanto á que los resultados pueden ser prácticos y posibles, Inglaterra, Bélgica, Alemania, y sobre todo los centros industriales franceses de París, de Mulhouse y del Creusot, nos presentan ejemplos garantidos por una esperiencia feliz, y nos enseñan que nada

tiene de imposible ni de difícil el realizar esta benéfica idea. Basta solo que el propietario de casas de esta especie se contente, durante algunos años, con un alquiler modesto, y que el obrero se inspire en hábitos de economía y de moralización, para formar el capital de compra; capital que las cajas de ahorros y la sencilla ciencia de la acumulación de intereses se encargarán de anular sin nuevo gravámen del obrero y con ventaja de todos.

No desconfiamos de verlo así establecido en nuestra patria. Solo se necesita un ensayo con buenos resultados, y ese ensayo esperamos no ha de tardar en plantearlo *La Constructora benéfica*.

Antonio Guerola.

LA CONSTRUCTORA BENEFICA.

(Casas para obreros.)

Suscripcion de París.

<i>Suma anterior..... Francos.</i>	13409
D. Julio Alfonso y Aldama.....	50
D. Antonio de Arcas.....	250
D. Mariano Hernandez.....	100
El resultado de una apuesta á favor de la Constructora.	50
Un patron que ha sufrido siendo obrero.....	20
D. Luis de Gondomar.....	20
Aumento de la suscripcion de D. José de Echevarría, á quien equivocadamente se le pusieron 40 fr. debiendo ser 50.....	10
D. Gonzalo Jorrin.....	100
D. Francisco Gonzalez y Osmá.....	25
D. Manuel Sanchez.....	5
Un hallazgo en sellos de correos.....	8 30
D. Francisco Subirá, cónsul de España en Marsella...	100
D. José Fernandez Quirós, vice-cónsul en idem.....	25
D. Fortunato Vasallo.....	25
D. Leon Estarico.....	20

Suma, francos..... 14217 30

LAS DECENAS.

Continua esta sencilla y benéfica institución (1) dando los mas lisonjeros resultados, en bien material y moral de las familias pobres.

Algo se han resentido sus recursos en esta época por la emigración veraniega, pero confiamos que los sócios ausentes repondrán al regreso los vacíos de su ausencia, como sucedió en el año último.

Entre tanto no solo se socorren veinte familias, sino que las veinte reuniones mensuales representan 200 personas, que se ocupan con generoso afán en el ejercicio de ese socorro.

Y es notable el cuadro que presentan esos grupos decenarios. Apenas hay clase ó categoría social que no tenga en ellos representantes muy celosos. Naturalmente están en mayoría las Señoras, que llevan siempre la primacía en materias de ternura compasiva. Hay además eclesiásticos, títulos de Castilla, médicos, artistas, ricos, de modesta posición, niños y niñas (que no son los menos fervorosos), y hasta algun personaje importante en política, que precisamente porque tiene tan graves ocupaciones se esmera en ser asíduo para las modestas tareas de la decena.

El ejemplo de Madrid va teniendo imitadores. En Barcelona se trata de establecer decenas; las hay en la Coruña; y recientemente se han establecido dos en Málaga, una compuesta de Señoras casadas y otra de jóvenes. Esto último era natural. Málaga siempre se distingue en tratándose de socorrer á los pobres.

FLOR DE LA MAÑANA.

Salí al campo de mañana:
 Flor galana
 Con el aura se mecia:
 Y del sol al primer rayo
 (Era en mayo)
 Su tierno cáliz abria.

(1) Los datos sobre su origen y organización pueden verse en el número 44 de esta *Revista*.

De su hermosura prendado,
A su lado

Sobre el césped me senté.

¡Oh! ¡cuán bella! en sus garzotas
Ví dos gotas
De rocío.....—¡Oh! volveré:

Volveré, flor hechicera;
Primavera

Te promete dulce vida,
Y la lluvia bienhechora
De la aurora,
Que entre tus hojas se anida.

Volví al campo al nuevo día:
Flor no había;

Hojas secas encontré:
Y de dolor penetrado,
A su lado
Sobre el césped me senté.

Otras dos bellas y finas
Clavellinas

Dijeron con sus rumores:
¿Qué significa esa muerte?
—Que es la suerte
(Les respondí) de las flores.

—¿Y ese llanto que derramas?.....
¿Tú las amas?.....
—Sí, las ama el corazón.
—Y ¿qué les das en su duelo?
—Un consuelo.
—¿Y su nombre?—*Compasion.*

Carlos Maria Perier.

ERRATA.

En la página 177, línea 19, dice: incurables y rozagantes viejos, con espíritu..... Debe decir: un incurable. y rozagantes viejos con espíritu.....